

1799. derrotó al ejército turco; pero consumió en vano dos meses de tiempo y multitud de preciosas vidas delante de San Juan de Acre, continuamente provista de municiones de toda clase por Sidney Smith, comandante de las fuerzas inglesas, hasta que la peste que se declaró entre sus tropas, lo obligó á levantar el sitio. En Jafa trató de dar opio á los apestados, prefiriendo matarlos á dejarlos caer en manos del enemigo; pero el médico Desgenettes le dijo: *Mi deber es curar, no matar.* Á su vuelta á Egipto, halló el Delta sublevado, y celebró en el Cáiro sus triunfos de Siria; pero entretanto los Turcos desembarcaron en Abukir diez y ocho mil hombres de caballería y genizaros; y aunque Buonaparte los derrotó, el ejército comenzó á murmurar en alta voz de que se le obligase á sufrir tantas fatigas y privaciones, y á pasarse como hacía seis meses sin noticias de su patria, cuidadosamente interceptadas por los enemigos que surcaban el Mediterráneo.

29 de agosto.

Tales desastres disgustaron á Buonaparte de aquella campaña, y habiendo llegado á entender lo que pasaba en Francia y los deseos y planes de sus amigos, resolvió volver á toda costa al suelo francés, y con dos solas fragatas, acompañado de Berthier, Lannes, Murat, Andreossi, Marmont, Berthollet y Monge, zarpó con gran secreto de las playas de Egipto, desertando del ejército que le había sido confiado por correr tras de la fortuna.

En breve anunció el telégrafo á los habitantes de París que Buonaparte había llegado inopinadamente á Fréjus (9 de octubre de 1799). El entusiasmo, la curiosidad, lo inesperado del suceso, hicieron de él un dios. Sin guardar cuarentena corrió á París, donde lo esperaba un consejo de guerra ó un trono, pues el Directorio habria podido castigarlo como desertor ó como infractor de las prescripciones sanitarias. Pero todos lo saludaron como salvador; en los teatros se anunció su vuelta; las campanas, los fuegos artificiales y las salvas de artillería lo festejaron, y él, ofreciendo al Directorio su espada, juró no sacarla jamás sino en defensa de la República. La necesidad de orden, de fuerza, de unidad, de adherirse á cualquier cosa, de creer en una persona, ya que las ideas no inspiraban confianza, era á la sazón general en Francia. Así fué que todos acudieron á los pies de Buonaparte; los desgraciados buscándolo por apoyo, los destituidos de sus empleos por vengador, y los débiles que siempre admiran los actos de fuerza, aplaudían en él al hombre resuelto, cuyas hazañas referidas parecían uno de los cuentos de las Mil y una noches. Los Brutos esperaban por su medio recobrar el poder salvo el matar despues al César; los moderados querían que la reforma fuese hecha por un hombre de energía capaz de dar seguridad; los intrigantes confiaban en hallar ganancia en un nuevo trastorno, y hasta los realistas soñaban con que Buonaparte restableciera el trono de sus antiguos reyes.

Él, sin embargo, consevaba entre aquella variedad de intereses y entre la oscilacion de los partidos un egoísmo decidido y profundo, ayudado de la fortuna y del arte que poseía para conocer y aprovechar la ocasion. Ofrecieronle sus servicios Talleyrand, siempre el primero en volver la espalda al sol poniente, y el sagaz Fouché, es decir, la diplomacia y la policía. Á excepcion de Bernadotte, ministro de la guerra salvacion para la libertad sino en el jacobinismo, todos los generales como Beauharnais, Berthier, Duroc, Marmont, Lannes, Murat, Bourienné, futuros mariscales y reyes, y hasta Augereau, el ardiente republicano, se unieron á Buonaparte, su antiguo jefe ó colega: Massena y Brune estaban al frente de los ejércitos. Los oficiales retirados y los antiguos soldados quisieron tambien coadyuvar al triunfo del órden militar sobre el civil. El genio arrastra tras sí á las medianías.

Poco se habia experimentado aun la prudencia de Buonaparte en el arte de gobernar, pero se sabia que era afortunado y esto bastaba. Necesitábase un hombre que diese unidad ó impulso á tanta variedad de movimientos, y se le creyó á propósito para el caso. Todo se esperaba de él, todos buscaban su dictamen, y él viéndose necesario, sabia esperar y meditaba entretanto los medios de construir la República tan solidamente que nada tuviese que temer del choque de las facciones. Por entonces su ambicion se limitaba á un puesto en el Directorio, excluyendo á Sieyes á quien odiaba por ser el único que con él podia igualarse. Pero Talleyrand supo acercarse entre sí estas dos orgullosas voluntades, el resto sistemático de los metafísicos del siglo saliente y el ambicioso que se sentia nacido para dictar leyes al siglo entrante. Concretáronse pues, y fingieron una conspiracion jacobínica que diese pretexto para trasladar á Saint-Cloud el cuerpo legislativo y nombrar á Buonaparte comandante de las tropas. Así se hizo: Buonaparte, llamado á prestar juramento, se presentó rodeado de toda la oficialidad, mientras por la calle iban desfilando sus batallones; y entrando en el salon con esta comitiva, elogió á los representantes diciendo: « Queremos la República; la queremos fundada en la verdadera libertad, en el régimen representativo, y la tendremos; lo juro en mi nombre y en el de mis compañeros de armas. »

9 de noviembre.

Así esquivó el juramento á la constitucion vigente. Despues á la salida arengó á los soldados, y entre los gritos de Viva Buonaparte ocupó los puestos militares y comenzó la revolucion. « ¿Qué habéis hecho, gritaba, de esa Francia que yo dejé tan esplendorosa? Dejé en ella la paz y encuentro la guerra; dejé victorias y encuentro derrotas; dejé los millones de Italia, y encuentro leyes usurpadoras y mi sería. Los cien mil Franceses, mis camaradas, compañeros de mi gloria, ¿dónde está? »

« Todos han muerto. » Expresándose en este tono obligó ó indujo á los directores á renunciar sus cargos y se quedó él solo con la fuerza. Mas los consejos, advirtiendo la dictadura que los amenazaba, se reunieron en Saint-Cloud, y juraron la constitucion del año III (1), á pesar de hallarse rodeados de tropas. Buonaparte conoció entonces la necesidad de acabar de una vez lo que habia comenzado, y entrando en el consejo de los ancianos protestó contra los nombres de Cromwell y de César que se le daban. « Mi celo » y el vuestro, dijo, no han tenido mas móvil » que el deseo de poner remedio á los males de » la patria: evitemos tantos desastres; salvemos lo que tantos sacrificios nos ha costado, la » libertad y la igualdad. En cuanto á la constitucion, todos los patriotas quieren destruirla. » Pensad vosotros en salvar la Francia, y yo, » rodeado de mis hermanos de armas, sabré » secundaros; pero si algun orador vendido al » extranjero hablase de ponerme fuera de la » ley, apelaré á mis compañeros. Reflexionad » que camino acompañado del dios de la fortuna, del dios de la guerra. »

Presentóse despues en el consejo de los quinientos, pero todos se pusieron en pié gritando: *Abajo el dictador, abajo el tirano,* y rodeándolo le echaban en cara su traicion, le dirigian preguntas, y á duras penas pudo su hermano Luciano, que era presidente, contener á la asamblea que queria ponerlo fuera de la ley. Buonaparte comenzaba ya á desfallecer bajo el peso de tantas emociones, pero Luciano sostuvo su valor; empuñó la espada y declaró que la hundiria en el pecho de su hermano si fuese traidor á la libertad. Entonces los granaderos entraron en busca de su general y lo sacaron del salon: un momento de vacilacion habria bastado para que Buonaparte corriese la suerte de Robespierre; pero él diciendo á los granaderos que se habia tratado de asesinarlo, los mandó penetrar en la asamblea y dispersarla á la bayoneta, con lo cual quedó hecho dueño del poder. Bernadotte y Moreau, cogidos de sorpresa y sin tener formado plan de antemano, no se atrevieron á ponerse á la cabeza de una oposicion militar, y así concluyó la anarquía en Francia, como cuatro años ántes habia cesado la crueldad, pidiéndose por todos que á la violencia de esta y á la debilidad de aquella sucediera un gobierno robusto y ordenado cuanto fuese necesario para defender la libertad y propagarla.

CAPÍTULO VIII

Consulado. — Paz de Luneville.

El pueblo francés supo por los periódicos (noviembre de 1799) que el Directorio habia dejado de existir; que se habia prorrogado por

(1) Quedaba al consejo de los ancianos el derecho de trasladar el cuerpo legislativo fuera de París, si llegara el caso de que se viera amenazada su independencia.

cuatro meses y medio el cuerpo legislativo, habiendo sido nombrados cónsules Sieyes, Roger-Ducos y Buonaparte con poder dictatorial y el encargo de fijar las bases de una nueva constitucion, de restablecer la tranquilidad en el interior y de procurar una paz honrosa y sólida en el exterior; y por último, que á los susodichos cónsules se habian agregado dos comisiones para hacer las veces del cuerpo legislativo, las cuales ademas de arreglar de acuerdo con ellos los asuntos urgentes de policía, legislacion y hacienda, prepararian leyes reformadoras y un código civil. Despues de pintada la situacion deplorable del país y los males que lo aquejaban, decian los cónsules: « Ya es tiempo de » calmar tanta agitacion, de afianzar la libertad » de los ciudadanos, la soberanía del pueblo, la » independencia de los poderes constitucionales, » la República, cuyo nombre ha servido para » consagrar la violacion de todos los principios... La Monarquía no volverá á levantar la » cabeza; se borrarán los horribles vestigios » del gobierno revolucionario; comienza una » nueva era, en la cual República y libertad » dejarán de ser nombres vanos. »

Hízose tranquilamente un cambio tan importante; pero destruir era cosa fácil y ya muchas veces puesta en práctica; lo difícil era reconstruir. Entretanto, aunque para todos fué evidente la ilegalidad del hecho, ninguno se atrevió á oponer resistencia, porque á unos abrumaba el cansancio y á otros halagaba la esperanza; y así el aplauso universal encubrió la irregularidad de las medidas adoptadas. Barras confiaba en la gratitud de Buonaparte; ¡qué candidez! Sieyes se habia imaginado que su colega atenderia á las cosas de la guerra y le dejaria los negocios civiles; pero en la primera entrevista advirtió que sobre todo cuanto se trataba tenía Buonaparte conocimientos ó ideas ó se las formaba facilísimamente, exponiendo desde luego su parecer como cosa resuelta, y esta experiencia hizo decir: « Tenemos un amo que sabe, » que puede y que quiere hacerlo todo. »

Pusieronse entonces en claro los desórdenes y el descuido de la administracion precedente. El ejército estaba sin paga, desnudo y hambriento, el Erario vacío, el papel del Estado desacreditado enteramente, el crédito aniquilado, el agiotaje en su apogeo. El héroe que habia dado la gloria á su país, restableció en él la confianza; Gaudin, llamado al ministerio de hacienda, suprimió las contribuciones arbitrarias y estableció la regularidad de los pagos, y tãse derogaron las leyes del terror como la de rehenes, por la cual estaban presos los parientes de los Vendeanos en garantía contra los excesos de estos, y la ley contra los clérigos. Restituyéronse á muchos emigrados sus bienes dándoles permiso para regresar á Francia, en cuya virtud volvieron La Fayette, Lally-Tolendal, Carnot y Portalis; restablecieronse los domingos y dias festivos; se abrieron de nuevo las iglesias de los campos y se permitió el culto inte-

rior; se abolieron la fiesta del regicidio y el juramento de odiar á la Monarquía; se prohibieron las representaciones en que eran ridiculizados los partidos vencidos, y Buonaparte decía: « No mas jacobinos, ni terroristas, ni moderados; seamos solo Franceses. » Derrocada la dominacion de las facciones, ya no se cometian actos de violencia, porque el gobierno, lejos de vacilar entre voluntades inciertas, estaba guiado por una voluntad robusta, dirigiéndose por sistema y no por la pasion ni por el acaso.

Sin embargo, por pasion ó tal vez por necesidad de sosiego, hizo deportar Buonaparte sin culpa legal y sin forma de proceso á cincuenta y nueve de los mas ardientes demócratas; golpe que aterró á los anarquistas. Buonaparte pudiera haber mitigado aquella sentencia, ya que era evidente que podia llevar adelante su arbitrariedad, pues en vez de oposicion no encontraba mas que voluntades flexibles.

Entre las fatigas, siempre enormes, de un gobierno nuevo, se maduraba la obra de la constitucion; Buonaparte asistia puntualmente á las discusiones, y Sieyes era tenido por la generalidad en mucha estima, como el oráculo que guardaba en su pecho la salvacion de todos, la armonía entre la Monarquía y la República. Los hechos desmintieron tales esperanzas, porque Sieyes, llevando siempre su principio hasta las últimas consecuencias, se inutilizaba para aplicarlo, y previendo ó juzgando los acontecimientos, se reducía al papel de simple espectador. Tambien entonces hizo una constitucion fantástica, donde eran distintos entre sí el cuerpo conservador y el opositor, la soberanía y la ejecucion. En cuanto á la cuestion capitalísima del sistema electoral para que la nacion estuviese verdaderamente representada, sin abusar, como habia abusado, de su participacion en los negocios públicos, tantos desengaños se habian experimentado respecto de las ideas liberales y mas respecto del sufragio universal, aun en segundo grado, que se suprimió casi toda eleccion poniéndose una triple serie de listas, de la cual debian tomarse los funcionarios del municipio, de la provincia ó del Estado. En la lista municipal entraba la décima parte de los hombres de cada pueblo, elegidos directamente por los ciudadanos. Los nombrados elegían á su vez otra décima parte para formar la lista departamental, cuyos individuos entresacaban de ella otra décima parte para formar la lista general. De esta última lista debian tomarse los funcionarios públicos, es decir, los individuos del gobierno, los ministros, el cuerpo legislativo, el Senado, el consejo de Estado, el tribunal supremo de justicia y los embajadores; así como de la lista departamental debian salir los prefectos, los tribunales de apelacion, los administradores, y de la municipal los jueces de primera instancia y de paz, aristocracia nueva mas impenetrable que la antigua.

El poder deliberante se componia de trescientos

legisladores de treinta años de edad por lo ménos, y de cien tribunos de veinticinco años cumplidos en adelante, los cuales formaban dos cuerpos que se renovaban anualmente por quintas partes. El gobierno proponia las leyes por medio del consejo de Estado: el tribuno las discutía como representante del pueblo y del espíritu innovador y liberal; el cuerpo legislativo votaba sin discusion y su decision era ley. Habia ademas un Senado conservador, vitalicio, compuesto de ochenta individuos de cuarenta años de edad á lo ménos, sin funciones públicas, encargado de velar por la integridad de la constitucion y de interpretarla.

El poder ejecutivo residia en un gran elector vitalicio nombrado de entre los individuos del Senado conservador, y dotado con la asignacion de 6.000.000 de francos, guardias y palacio. Este elector tenia el encargo de recibir y despachar embajadores; en su nombre se promulgaban las leyes y se administraba la justicia; elegía los empleados entre los comprendidos en las listas; nombraba dos cónsules, uno para la paz y otro para la guerra, y podia ser llamado al Senado por este cuerpo, lo cual equivalia á destituirlo.

Así, pues, era ilusoria la eleccion del pueblo, que proponia cinco mil candidatos, y aquel Senado sin mas derecho que el veto, aquel cuerpo legislativo mudo, aquel gran elector inactivo y nominal, complicaban la máquina con tanto contrapeso. Esta máquina, si hubiera podido moverse libremente, habria dado por resultado una negligente aristocracia; pero sometida á un poderoso impulso, condujo al despotismo. De la libertad de imprenta ni de la inviolabilidad del domicilio no se decía una palabra en la constitucion: sin embargo, fué mirado con gusto un proyecto que daba estabilidad despues de tan descompuestos movimientos, y que prometia pacíficas deliberaciones despues de tan huecas como sonoras arengas. Solo á Buonaparte se le figuró que se comprometían en aquella constitucion la fuerza y la estabilidad que él creía esenciales: el gran elector le pareció uno de los antiguos reyes holgazanes, ó para usar sus palabras, « un cerdo cebado en Versalles con tantos millones; » y Sieyes no se atrevió á defender un puesto que habia creado para sí, y que por otra parte no hacía nada ménos de lo que hacen los reyes de Inglaterra.

Era todavía muy prematuro esto de poner un jefe solo á la cabeza del poder ejecutivo; por lo mismo se conservaron los tres cónsules, uno de los cuales debía ser el verdadero jefe y los otros sus consejeros necesarios, encubriéndose de esta manera la forma monárquica que ya Buonaparte consideraba inevitable, así como tambien consideraba necesaria una aristocracia, allí donde la forma monárquica prevaleciese. No era el Senado otra cosa, de modo que á la verdadera democracia no le quedó mas que el nombre ilusorio de tribunado.

Sieyes se retiró al Senado con un buen sueldo. Hombre profundo y justo en cuanto al fondo de la cuestion política, pero quimérico y pedantesco en cuanto á la forma, despues de haber dado impulso á la Revolucion, creyó poder enfreñarla con sutilezas constitucionales. Quedaron en los cargos de cónsules Buonaparte, Cambacérés, regicida é insigne jurisconsulto que siempre habia apoyado al poder, cualquiera que fuese, y aconsejado por miedo las medidas mas atroces que le sugeria su profundo conocimiento de las leyes, y Lebrun, escritor elegante y buen administrador de la antigua Monarquía.

Aceptada la constitucion, los cónsules terminaron el mensaje con que fué promulgada, diciendo: « La Revolucion habiéndose fijado en los principios que la comenzaron, está concluida. » Á la verdad se habia destruido lo pasado; se habian establecido cánones claros por ser nuevos; se habia erigido un edificio duradero sobre las bases de la unidad nacional y de la igualdad, y la generacion viviente se habia obligado á conservarlo; pero lejos de haber terminado la Revolucion, apenas comenzaban entonces sus frutos á madurar y á propagarse.

Los funcionarios públicos eran, pues, nombrados por Buonaparte ó por influjo suyo, lo cual hacía que estuviesen á su devocion. Confió el cargo de secretario de Estado á Maret, periodista de pronta redaccion y de aquella medianía de talento que se requiere para servir á un grande hombre. Á Luciano, su hermano, dió el ministerio de lo interior por sus muchas relaciones y su habilidad administrativa, y encomendó á Fouché la policia y á Talleyrand los negocios extranjeros. Este hombre, cuyo nombre hemos recordado varias veces, descendiente de una familia que reinó antes de que en Francia se estableciese la unidad del territorio, se habia dedicado al servicio de los reyes, y por no poder seguir la carrera de las armas á causa de su cojera, entró en la del sacerdocio, no por vocacion sino como camino de llegar á ser obispo y cardenal. En efecto, fué obispo de Autun, obispo sibarita, libertino, filosofante, amigo de los enciclopedistas, buscado y temido por la bella y por la alta sociedad, á la cual deleitaba con sus chistes, asustaba con sus epigramas y cautivaba con su admiracion, mientras interiormente se reía de reyes, de filósofos, de mujeres, de pueblos, de la virtud, de todo el mundo, de todas las sensaciones.

Al estallar la Revolucion adoptó sus doctrinas como á propósito para elevarse á grande altura; puso á un lado la mitra que le servia de obstáculo, y faltándole el vigor de su amigo Mirabeau para dominar desde la tribuna, dedicó á la diplomacia la agudeza de su ingenio y la flexibilidad de su escepticismo. En la Asamblea tenia el arte de callar, haciendo creer que se guardaba grandes cosas, y el de manifestarse solo de cuando en cuando con alguno de esos

destellos que deslumbran á la multitud; pero apenas entró en la carrera diplomática, mostró aquella su habilidad particular, que no lo abandonó jamás en su larguísima vida, y con la cual sirvió indiferentemente á la República, al Imperio, á la Monarquía constitucional, á todas las formas monárquicas y revolucionarias, pronto siempre á dar una mano al que se elevaba hoy, pero tendiendo la otra al que se habia de elevar mañana, considerando como primera virtud el buen éxito, como el peor de los vicios la ineptitud y la desgracia, sin fidelidad para ninguna causa, ni sinceridad de convicciones, y adulando siempre á la fortuna. Habitado á ver el último fondo de las cosas políticas, atribuía los grandes resultados á causas pequeñas, y su demasiada ligereza le impedia comprender el progreso; sin embargo, desde el principio adivinó que la primera idea de la Revolucion sería la paz, y á conseguirla dirigió constantemente sus esfuerzos.

Buonaparte tuvo, pues, el discernimiento de no adherirse á una sola fraccion sino de fundirlas todas. « El que gobierna con un partido, » decía, tarde ó temprano cae bajo su dependencia. No daré yo en este lazo; yo soy del » partido nacional, y me valgo de todo el que » tiene capacidad y voluntad para marchar » conmigo. El gobierno debe colocarse en el » centro de los partidos. » Así se constituía en dictador, y tal era el marasmo á que habian conducido los parasismos precedentes y la ineptitud sucesiva, que los Franceses no se opusieron á la dictadura ni aun la echaron de ver. Veían en él la nacion, y su gloria como gloria nacional; la libertad parecia confirmada con la represion de las facciones, la igualdad con las buenas leyes, la tranquilidad con la sustitucion de los hechos á las teorías fantásticas, y todos creían perpétuo un estado de cosas que para Buonaparte no era mas que transitorio. « El acostumbraba al pueblo á la » unidad, la cual era el primer paso hácia su » objeto. Su arte consistia en caminar poco á » poco diariamente sin alejarse de un punto » fijo, estrella polar de Napoleon para conducir » la Revolucion al puerto que le tenia designado (1). » No quedaron mas periódicos que los trece que designó el gobierno. La administracion municipal, viciosamente desparramada en tantos pueblos, fué organizada por distritos, para restablecer la unidad en manos de los prefectos y á fin de que la accion de todos estos, bajo la direccion del Consulado, hiciese desaparecer la antigua excentralizacion: sistema administrativo uniforme y poderoso, basado, no sobre abstracciones, sino sobre los hechos existentes, y en el cual el telégrafo movido por los cónsules daba movimiento á todo. Los revolucionarios que habian aspirado á una igualdad perfecta, se encontraron entonces, despues de abolidos todos los privilegios

(1) *Mémoires de Sainte-Hélène.*

con una jerarquía cual jamás se había visto en la Monarquía antigua. Los recuerdos del anterior régimen, unidos al poder de acción de los jacobinos, habían engendrado un despotismo democrático, cuyas disposiciones se dirigían sistemáticamente á concentrar todas las inteligencias y todos los hechos en pro de la autoridad soberana, no con leyes mezquinas ó apasionadas, sino con fuerza, valiéndose de los hombres y destruyendo sus doctrinas.

1800.
19 de febrero.

Buonaparte, despues de haber hecho celebrar solemnemente las exequias de Washington, que había sabido fundar una República y respetarla, entró á los treinta y un años de su edad con pompa real y militar en el palacio de los reyes, diciendo á su secretario: *Bourrienne, ahora que estamos en las Tullerías, es preciso sostenernos en ellas*; y en seguida se preparó una corte en su propia familia. Esta merece ocupar algunas páginas de la historia, porque llegó á ser un plantel de reyes, aptos ó no para el trono. Napoleon respetaba á su hermano José como el jefe de la familia y lo destinaba para negociar la paz que esperaba dar á la República. En Luciano odiaba al hombre de republicana franqueza, que podía decirle lo que ninguno, y que tenía grandísimo derecho á su gratitud, pero insoportable para los que se han elevado. Á Luis lo destinaba para el ejército y á Jerónimo para la marina; y todos confiaban en la futura grandeza de su hermano, y la preparaban diciendo desde entónces lo que él todavía no osaba decir. Mariana, su hermana, graciosa y amiga de los literatos, se casó con Pascual Baciocchi, oficial, y ambos trocaron sus nombres por los mas poéticos de Elisa y Félix; la hermosísima y aun no infamada Paulina estaba prometida al general Leclerc, y Carolina, elegante y bella cuanto viva y ambiciosa, dió su mano y 30,000 francos de dote á Murat, soldado de fortuna adicto al primer cónsul. No parece que los laureles lograran fijar el afecto de Josefina Beauharnais, mujer de Buonaparte. Era frívola, pródiga, intrigante y enemiga de los jacobinos, como relacionada con la antigua nobleza; pero contribuyó inmensamente á la grandeza de su marido con sus relaciones. De sus hijos, Eugenio era buen soldado y muy querido de Buonaparte, que lo llevó consigo á Egipto, y Hortensia, educada por aquella madama Campan que había sido confidente de María Antonieta, se casó despues con Luis Buonaparte.

En torno de estos que ya podían llamarse príncipes, se desplegaba una corte de ayudantes de campo, hechuras de Buonaparte y sus apasionados. Entónces se establecieron tertulias de empleados militares y doctos, entre los cuales brillaba Buonaparte. Las mujeres ó amantes de aquellos eran del pueblo, y muchas de ellas del vulgo, y algunas carecían hasta de educación, lo cual producía una extraña mezcla y una singular disonancia entre los actos inciviles que cometían y los lujosos adornos y joyas

« robadas por sus maridos ó amantes á las mujeres de los vencidos. »

Toda la sociedad se iba ya acomodando á la Restauracion. Pasado el tiempo de pelear y de morir, se comenzó de nuevo á reír y á gozar de la vida. Los jóvenes, generacion nueva, despues de haber perecido violentamente la antigua, se hallaron libres de la autoridad paterna, de la primogenitura, de los lazos de familia; los divorcios eran facilísimos cuando el matrimonio no consistía mas que en una declaracion; las mujeres en bailes voluptuosos ostentaban una desnudez á la antigua; por contraposicion al cinismo puritano de la Convencion, se daba honor á las rameras, y el juego era desenfrenado y el gasto imprudente como de personas que ganaban el dinero sin trabajo. El teatro tomó un tono alegre y romano; la ópera cómica y el verso jocosos demostraban que la gente estaba harta de padecer, y las pinturas arcádicas divertían tanto como ántes la guillotina. En suma, habían perecido las ideas y los costumbres de los primeros republicanos. Los jacobinos mas acérrimos habían muerto; de los restantes algunos soñaban en sublevaciones y puñales, pero los mas pusieron sus muchas habilidades al servicio de un dictador, cuyo vigor y energía estaban en consonancia con sus ideas. Los realistas veían abierto el camino para la Monarquía, y se lisonjaban con la esperanza de la vuelta de los Borbones por medio de Buonaparte; otros viendo que este había vendido á la Revolucion, esperaban que caería como todos aquellos que habían querido detenerla.

Así se mantenía el movimiento entre los nobles de provincia; la Bretaña, la Baja Normandía, el Anjou, la Vendée, cobraban ánimo y predicaban otra vez la cruzada, teniendo inteligencias en Provenza y en Languedoc para turbar la tranquilidad del país; pero Fouché estaba vigilante, y aunque toleraba, lo sabía todo. Buonaparte exhortaba á todos á reconciliarse en el terreno comun del amor á la patria, y aconsejaba á los clérigos que predicasen la reconciliacion y la concordia en la nueva era que se abría para ellos, en la cual debían ofrecer el incruento sacrificio en expiacion de los delitos de la Revolucion. Al mismo tiempo se dió á Brune el mando del ejército para apaciguar las insurrecciones, pero se confiaba mas en la corrupcion y en la clemencia, separando á los jefes, fomentando los celos, dando grados en el ejército á los principales realistas convertidos. Estos, en efecto, fueron deponiendo sucesivamente las armas, ó se las vieron arrebatar de las manos. El mismo Jorge Cadoudal, indómito guerrillero, se presentó en las Tullerías; pero no se dejó seducir como tantos otros por aquel joven victorioso y pacificador, y partió para Inglaterra abandonando la patria ya tranquilizada. Sin embargo, para quitar el miedo á los republicanos, que en Buonaparte temían encontrar un Monk, se fusilaron algunos realistas.

En efecto, restaurar la antigua Monarquía era difícil. Los Borbones tendrían que satisfacer muchas venganzas; la rama de Orleans podía agrandar á los nobles por la cuna y al pueblo porque había abrazado la Revolucion; pero Luis Felipe, despues de haber combatido con los republicanos los había abandonado; y aunque de gran talento, no tenía bastante valor para asir aquella corona que debía ceñirse despues de un largo rodeo. Por otra parte, un pretendiente debía ó resignarse al silencio, ó montar á caballo; no era posible otra superioridad mas que la de la victoria; todos los partidos habían recurrido á la fuerza y á la insurreccion, y las bayonetas eran las que debían dar á la Francia el rey. Buonaparte que lo conoció, marchó derecho al trono por la via de los campamentos.

Segun da coalicion 1799. Agosto.

Ya se había mejorado la fortuna de los Franceses ántes de la vuelta de Buonaparte, por mas que lo negasen sus aduladores. Austria, siempre recelosa de los Rusos, despues que estos le hubieron recobrado la Lombardia, trató de hacerlos salir de aquel territorio; y en su consecuencia el consejo áulico determinó trasladar al archiduque Carlos de la Suiza al Rhin, y á los Rusos de la Lombardia á Suiza, no obstante ser poco prácticos en el terreno y muy malos tiradores para la guerra de montaña. Mientras Suwarof por el difícil camino del San Gotardo buscaba el valle del Reuss para reunirse con los demas Rusos, Massena, aprovechándose de este imprudente cambio, salió al encuentro de Korsakof, y por medio de habilísimas maniobras logró encerrarlo en Zurich. Suwarof, molestado por Lecourbe entre los desfiladeros del Reuss y el puente del Diablo, desembarcó en Altorf, y no hallando embarcaciones para pasar el lago, hubo de penetrar por un valle angostísimo en que experimentó graves pérdidas, y al salir del cual se encontró de repente con Massena á su retaguardia. Así la neutralidad suiza fué violada por todos; los tranquilos lagos resonaron con el estruendo de las armas homicidas; mas de veinte mil Rusos y cinco mil Austriacos se perdieron allí en una batalla de quince días; los miserables restos del ejército conquistador llegaron al Rhin en un estado lastimoso, y Suwarof quejándose de haber sido sacrificado por Austria, se negó á seguir combatiendo y regresó á Petersburgo á maldecir de los soberbios y borrachos Alemanes. Pablo, que cuando venía en Italia había mandado que se le tributaran los mismos honores que á su propia persona y se le considerase como el mas ilustre capitán de todos los tiempos y países, entónces lo declaró infame, degradó á los oficiales en masa, no cuidándose de la suerte de los que habían caído prisioneros, y se enemistó con Austria juzgándola traidora y atenta solo á conquistar la Italia y conservarla para sí.

De este modo Massena salvó á Francia y mostró que también los Rusos podían ser derrotados. El príncipe Carlos, viendo entorpecidos

todos sus proyectos por los consejos de Viena, abandonó el mando. También en Holanda los Anglo-Rusos, hostigados por Brune, se vieron obligados á capitular, pero no devolvieron la escuadra.

La segunda coalizacion contra Francia, mucho mas extensa que la primera, fué por esto mismo mas débil, no resultando de sus triunfos mas que motivos de rencor, entre Inglaterra y Rusia por la desgraciada expedicion á Holanda, y entre Austria y Rusia á causa de Ancona y del Piamonte, pues que la casa de Austria, considerando como destronados al papa y al rey de Cerdeña, quería guardar para sí sus dominios como conquista hecha á la República francesa(1).

« La alianza entre Austria y Rusia, dice el príncipe Carlos, se rompió como la mayor parte de las coaliciones formadas por cálculos de potencias iguales en fuerzas. La idea de una ventaja comun, el prestigio de una confianza fundada en la identidad de opiniones, preparan los primeros arreglos; la diferencia de pareceres sobre los medios de conseguir el objeto comun, difunde la mala inteligencia, la cual crece á medida que los sucesos, cambiando el punto de vista, hacen variar las circunstancias y frustran las esperanzas; y finalmente, llega el rompimiento cuando ejércitos independientes deben obrar de acuerdo. El deseo natural de obtener la preminencia en las prosperidades y en la gloria, excita las pasiones rivales de los jefes y de las naciones. El orgullo y los celos, la tenacidad y la presuncion nacen del conflicto de la ambicion y de los pareceres opuestos. Las contradicciones continuas exacerban mucho mas, y aun es fortuna que se disuelva semejante union sin que las dos partes vuelvan las armas una contra otra (2). »

La Revolucion del 18 brumario había sido muy del gusto de las potencias extranjeras, á quienes siempre había repugnado el tratar con un gobierno que se cambiaba cada tres meses, y ya muchos profetizaban en Buonaparte el genio organizador. Cuando este hizo proposiciones de paz á Inglaterra, los whigs lo sostuvieron; pero Pitt demostró en un admirable discurso cuán poco eran de fiar una Revolucion que « había cometido en diez años mas delitos que la Francia desde que existía, » y un hombre que jamás había respetado una promesa, y que había violado los pactos hechos con los reyes extranjeros y con su propio gobierno. Á pesar de las réplicas de Sheridan y de una carta muy moderada de Buonaparte,

(1) El conde de Cobentzel en 1799 respondía al conde Panin: « ¿Cómo podría exigirse la cesion de las tres Legaciones que en el tratado de Tolentino se agregaron á la República cisalpina, conquistada por nosotros? Ellas son una justa compensacion de los gastos de la guerra. No dudo que mi corte devolverá el Piamonte al rey de Cerdeña; pero habiendo sido Alejandría y Tortona separadas del Milanésado por la fuerza de las armas, por las armas deben volver otra vez bajo la dominacion austriaca. »

(2) Campagne de 1799, tom. II, pág. 275.